

Anguita, Eduardo (septiembre 2004). *Clase media (II) : Seducida y abandonada*. En: Encrucijadas, no. 27. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Clase media (II)

Seducida y abandonada

En las tres últimas décadas, en la Argentina se redistribuyó el ingreso de manera brutal a favor de los sectores más poderosos, provocando la pauperización de gran parte de nuestra sociedad. Un grupo social hasta entonces paradigmático y distintivo de nuestro país, la clase media, sufrió –y sufre– especialmente este proceso. En una investigación de Alberto Minujin y Eduardo Anguita recientemente publicada por Edhasa (La clase media: seducida y abandonada) se analiza esta transformación de la clase media –no sólo vista como víctima, sino también como victimaria– y su relación con los sueños y esperanzas de cara al futuro.

Eduardo Anguita

Licenciado en comunicación (UBA). Docente y periodista universitario, ha publicado varios libros referidos a la historia argentina reciente.

A partir de la crisis de diciembre de 2001, la mayoría de los analistas e investigadores sociales consideran que ese fue un momento bisagra en la historia argentina. Algunos centraron su observación en las formas institucionales, otros en la corrupción política, otros en la dependencia financiera o en la seguridad.

El antes y el después tiene que ver con algo más profundo y complejo: los modelos de concentración económica que acompañan la globalización de los negocios y el agresivo proceso de exclusión social que constituyen su principal emergente. En el caso argentino, para entender los niveles de pobreza de la actualidad es preciso contrastar cómo fue la parábola que arrancó a mediados de 1975, con la crisis desatada por el Rodrigazo –en el momento de mayor auge de las clases medias– y una caída sostenida de los ingresos de los sectores medios y populares hasta su precipitada caída hacia fines de 2001.

Hasta mediados de los setenta del siglo pasado, la clase media argentina se caracterizó por mantener niveles de ingreso y de calidad de vida muy por encima de lo que registraban otras capas medias en los países periféricos. Sin embargo, el fin de la guerra fría y la descomunal concentración de la riqueza y el poder a escala mundial dejaron a la Argentina sin sus históricas ventajas comparativas. Aunque los países más poderosos no tenían motivos para otorgar un trato privilegiado al país, la clase media reprodujo valores propios del consumismo, al tiempo que se desgajaban sectores la exclusión. Este proceso fraccionó y diferenció socialmente a quienes poco antes fueron pares. Arquitectos manejando taxis, patricios de dos apellidos al frente de una pizzería, señoras elegantes que hacían tortas para vender en las panaderías, fueron moneda corriente en los últimos años. Su ingenio no les alcanzó para mantener los lugares de prestigio social.

Concretamente, la emergencia de los nuevos pobres constituyó la antesala del escenario actual. La clase media no tiene trabajo, la asaltan en el tren o el coche, recurre al ingenio para comer con menos plata. No es observadora, sino protagonista. La convulsión coloca a la clase media en una ambigüedad extrema. Conductas de rechazo a la corrupción y a la concentración de la riqueza, de adhesión a la protesta y la participación social, conviven

con sensaciones de desesperación y de obsesión ante los propios problemas, el miedo al futuro, la búsqueda de alternativas fuera del país, la falta de iniciativa y hasta la parálisis. Esta gama de conductas y sensaciones no necesariamente divide a las personas, sino que más bien convive en cada uno, de manera contradictoria, con un alto costo emocional y provocando altísimos niveles de desequilibrios emocionales y psicológicos.

La crisis que estremeció al país a fines de 2001 creará transformaciones que, probablemente, hagan imposible un nuevo resurgimiento de los sectores medios en los términos que le dieron la vitalidad política y cultural de sus años dorados –los cincuenta y sesenta–; ni siquiera en los altos niveles de consumo que conocieron algunos reducidos sectores de la clase media beneficiada con el sistema de estabilidad monetaria y cambiaría de los noventa.

El trabajo de investigación que hicimos juntos Alberto Minujin y yo analiza la caída y también imagina escenarios futuros no sólo respecto de las nuevas inserciones laborales posibles en el marco de las diferentes alternativas económicas, sino también sobre cómo operan los estados de ánimo, los valores morales y las creencias ante una realidad en la que el sistema político de representación muestra signos agudos de agotamiento. La implosión del sistema institucional y financiero –en un plano macro– sorprendió a la ciudadanía tanto por los grados de arbitrariedad del poder como por los de la propia reacción social, mientras que –en un plano micro– llevaron a vivir al día, a no poder prever ni planificar los escenarios próximos.

La caída de los niveles de vida de los sectores medios ha generado algunos fenómenos que la dirigencia política parece negarse a analizar cuando, paradójicamente, la mayoría de los líderes políticos dicen ser expresión genuina o tratan de seducir su voto para las contiendas electorales. La realidad es que apenas un diez por ciento de la población argentina puede sentir que sus estándares de consumo y patrones de vida están en los registros de clase media. El resto se debate en una gama que va entre la vulnerabilidad social o la pertenencia a esa categoría ambigua constituida por grupos sociales con pasado clasemediero e ingresos de empleado provisorio y flexibilizado.

La falta de representación y participación en la vida social y política crea distorsiones muy fuertes acerca de quiénes se atribuyen ser la “voz” y la “conciencia” de la clase media. Los medios de comunicación, los familiares de las víctimas de secuestros y los políticos compiten por ampliar sus bases de simpatías. Pero todos ellos logran apenas adhesiones emocionales o ideológicas.

Lo que no tiene visibilidad es lo más profundo: la caída no se detuvo y la falta de un “piso” provoca una sensación de deslizamiento que dan por resultado una suerte de “pobreza de futuro” en la cual conviven estímulos y reconocimientos sociales que no están al alcance de los sectores medios. La educación privada, la medicina prepaga, los barrios cerrados, los automóviles nuevos, las marcas de ropa o los destinos turísticos bonitos están al alcance de la mayoría por el bombardeo publicitario constante mientras que la solución a los problemas cotidianos está fuera del diálogo mediático. Amplios sectores de la sociedad apelan desde hace años a la creatividad para resolver los problemas más acuciantes: la reducción de gastos, compartir la vivienda o el coche, usar teléfono con tarjeta, turnarse para sacar turnos en el hospital público.

La lucha en el marco de las formas de expresión populares –asambleas populares y

movimientos de desobediencia civil– comenzó a ser una alternativa entusiasta que compite con otras a las que se sienten empujados muchos desposeídos: la resignación y el abandono, o directamente el robo y la delincuencia. Resulta visible que haberse empobrecido ya no es un sentimiento vergonzante de autoexclusión como era lo dominante en la década de los noventa y que marcaba una manera de resignación; por el contrario, a falta de plata, se convirtió en moneda corriente hablar de las desgracias y las pérdidas. Este rasgo de la conducta cotidiana expresa una temprana forma de adaptación y de rechazo a las nuevas condiciones. En ese sentido, los últimos años dieron cabida a un intenso debate ideológico sobre identidades y formas de organización en los cuales ser de clase media o ser de origen obrero y popular pasa a ser una contradicción secundaria. Muchos sectores medios han aceptado la creatividad de los obreros que recuperan sus fuentes de trabajo en esto que ha dado en llamarse “empresas recuperadas” y a través de las cuales se han creado comedores, bibliotecas, grupos culturales o artísticos.

El impacto de la crisis

La investigación que hicimos Minujin y yo explora el impacto emocional y psicológico de la crisis en las instituciones, las empresas, las familias y las personas. No existen demasiados antecedentes de estudios de situaciones similares, mas allá de la amplia literatura sobre los efectos de la crisis de los años treinta, especialmente en los Estados Unidos. Tal vez, el caso de los países pertenecientes al ex bloque soviético pueda en alguna medida compararse. En ellos, la transición a la economía de mercado fue acompañada por un importante aumento de suicidios por casos graves de estrés psicológico, depresiones profundas.

Nos hemos detenido en algunos pocos casos de corrupción de funcionarios de Estado. Se seleccionaron aquellos en los cuales los perjudicados fueron de manera directa los ciudadanos –malversación de fondos del PAMI, privatizaciones– y que resultaron transferencias millonarias de los consumidores hacia las empresas concesionarias gracias a leyes del Congreso, decretos gubernamentales o fallos judiciales. A lo largo de los años noventa, el poder político fue moldeado como un traje a medida de la gestión de negocios privados de algunos grupos privilegiados. No sólo se investiga el perjuicio directo a los usuarios sino también la percepción de estafa constante que tiene la población y que plantea de manera dramática la falta de consenso para las instituciones que gobernaron el país desde 1983.

La investigación sobre cómo actuaron y cómo gestaron las decisiones los dirigentes políticos, los jueces y legisladores, los banqueros y funcionarios de los organismos internacionales, antes de que el gobierno de Fernando de la Rúa estableciera “el corralito” no pretende desnudar una conspiración sino mostrar cómo los complots se convirtieron en un recurso indispensable para lograr millonarias transferencias por parte de los asalariados y la clase media hacia los sectores más concentrados de la economía. A fines de 2001, mientras la bancarización casi forzada de los asalariados y la clase media llevó los depósitos bancarios a la cifra récord de 65.000 millones de dólares, los activos de argentinos en el exterior –casi exclusivamente en manos de los sectores de más altos ingresos– sobrepasaban los 100.000 millones.

Algunos interrogantes

El estudio de la clase media tiene, además de cuadros estadísticos o interpretaciones sobre el lugar que ocupa la Argentina en el concierto de las naciones, algunos

interrogantes principales que reaparecen a lo largo de sus diez capítulos.

El que más parece interpelar a la sociedad, tiene que ver con el sentimiento de terror que aún impera como producto de las secuelas de la última dictadura militar. Desde ese lugar es que debe entenderse la intermitente adhesión a difusas ideas de mano dura o de estigmatizar a los piqueteros. Sin perjuicio de la variedad de opiniones, cabe preguntarse si el Estado es realmente capaz de encausar de manera pacífica los innumerables conflictos sociales.

Mientras la prensa informa acerca del peligro de bandas de secuestradores, las maniobras y ejercicios militares se hacen en la actualidad con recuperación de ciudades tomadas, cuidado de torres de alta tensión, control de rutas y otros tantos objetivos propios de la seguridad y no de la defensa. Las reuniones entre empresarios, banqueros, algunos dirigentes políticos y jefes militares tienen estado público. Muchos de sus protagonistas fueron empresarios y funcionarios de la dictadura militar: tienen un particular punto de vista en la relación existente entre la protesta social y la seguridad del Estado. En este trabajo se analizan algunos de los planes políticos de control social con dos objetivos. El primero es analizar la relación existente entre la distribución drásticamente regresiva en perjuicio de los sectores de menores ingresos y los nuevos modelos autoritarios de control social con participación de las Fuerzas Armadas en el marco del nuevo escenario internacional y Latinoamericano. El otro plano de análisis tiene centro en la percepción que tienen los sectores medios en la Argentina respecto de la posibilidad de un proceso autoritario cuando todavía no pasaron 20 años del fin de la última dictadura militar que dejó como saldo miles de desaparecidos que –según los registros de la Conadep– sobre 12.000 casos probados, un 70 por ciento eran jóvenes provenientes de capas medias. Se analizan aquí casos en los que para personas mayores de 45 años, el posible regreso de las Fuerzas Armadas a la escena política está asociado al período de la dictadura militar (mayoritariamente en contra de aquel período, pero con algunos casos a favor); en cambio, para las generaciones más jóvenes no está tan presente aquella época de la Argentina.

Otro de los interrogantes que dejamos abierto en esta investigación es el relativo al grado de responsabilidad tiene la clase media en el destino por el que transita. La pregunta resulta inevitable en este estudio. Si bien buena parte de la clase media argentina rechazó el modelo de sociedad y los valores impuestos en la década del noventa, el fenómeno dominante fue el de aceptación, acompañamiento y asimilación al consumismo y al individualismo. El cambio es marcado: hoy domina el rechazo y –en alguna medida- la toma de conciencia de la necesidad de otros paradigmas. Sin embargo, la otrora poderosa clase media se siente traicionada, es incrédula; se encuentra desarticulada y en buena medida desesperada. Sus conductas son heterogéneas y resulta difícil establecer tendencias. Su presente desarticulación parece no haber sido descubierta por quienes dicen representarla. El doble discurso, más allá del cinismo, parece convertirse en un juego de espejos en el que los políticos y los medios de comunicación hablan entre sí mientras las grandes mayorías sólo tuvieran la posibilidad de adherir o rechazar las peleas internas de un poder aún modelado por los centros de poder.

Es inevitable detenerse en la novedad constituida por el nuevo gobierno de Néstor Kirchner. Este libro tiene la voz de una decena de especialistas o autoridades reconocidas en distintos ángulos de la educación, la política, la economía o la cultura. Al menos tres personas surgidas a grandes responsabilidades en estos últimos años desarrollan su pensamiento. El ministro de Educación, Daniel Filmus; la presidente del Banco de la Nación, Felisa Miceli; y el nuevo miembro de la Corte Suprema de Justicia, Raúl

Zaffaroni, desarrollan sus ideas sobre sus campos específicos. Más allá de que cada cual expresa sus propios puntos de vista, hay que observar que todos coinciden en la necesidad de cambios muy profundos. Mucho más profundos de lo que la marcha de este gobierno parece poder dar.

Quedan muchos más interrogantes en esta investigación y que buscan promover un debate de fondo. Será quizá que los marcos de la democracia argentina y de los partidos políticos son tan estrechos que ya no permiten siquiera vehicular las ideas y los propósitos de quienes asumen las mayores responsabilidades de gobierno. Será quizá que quienes asumen las mayores responsabilidades de gobierno no pueden cambiar la agenda de los medios de comunicación. Será quizá que la globalización deja un amplio margen para formularse preguntas y un estrechísimo margen para que las sociedades modifiquen el rumbo de los acontecimientos defendiendo sus propios y contradictorios intereses, esos intereses diversos que durante los últimos años permitieron mantener la categoría de Nación por encima de otras.